

CARDENAL JOÃO BRAZ DE AVIZ, PREFECTO DE LA CIVCSVA*

1. Teniendo en cuenta mi misión de representar en este Congreso al Santo Padre y a la luz de la presencia de la Palabra de Dios en la vida eclesial, quisiera comenzar esta reflexión por invitarlas e invitarlos a leer la página que nos está escribiendo el papa Francisco con sus enseñanzas y sus gestos. Él es en realidad una lectura de hoy para la Iglesia, con su coherencia, su cercanía a los pobres, su experiencia de Dios; él deja todo corazón en paz y capaz de luchar. En la Santa Sede, tocados por la sencillez de su lenguaje, que todo el mundo entiende, estamos viendo que hay que purificar las estructuras y que, como nos lo pide con frecuencia, debemos orar por él para que tenga el tiempo y la energía suficientes a fin de llevar adelante las reformas que la Iglesia de Jesús hoy necesita, sin dar marcha atrás. Estamos, gracias al ministerio y al testimonio del papa Francisco, en el momento de captar las cosas de las cuales la humanidad está necesitada y de responder con la sencillez y la autenticidad del Evangelio; de esta manera, la Iglesia, y nosotros en ella y con ella, tiene la posibilidad de realizar hoy lo que Cristo realizó. Que el saludo del Santo Padre que escuchamos

* Homilía pronunciada durante la Eucaristía del jueves 18 de junio. Textos: 2Co 11, 1-11; Sal 110, 1-4,7-8; y Mt 6, 7-15.

esta mañana sea consuelo y luz en nuestro camino.

2. Hace pocos años se ventilaba en Roma la idea de que había que trabajar porque los consagrados aprendieran ¡el arte de morir! Se hacía referencia implícita a los carismas. En ese contexto surgieron preguntas como: ¿quién creó estos carismas?, ¿fuimos nosotros?, ¿quién puede decir cuándo el carisma se termina, o si viene de lo alto? La reacción no se hizo esperar: Dios es el que determina el momento del inicio y del fin. Hoy, ese ambiente y esos interrogantes han dado paso a la esperanza, con lo que el papa Francisco siente y demuestra por la Vida Consagrada, precisamente porque él también es un religioso. Así nos está haciendo ver que, cuando en nuestras comunidades consagradas entran el Evangelio y el carisma de los Fundadores, de forma sencilla, empiezan a surgir y a crecer frutos de calidad, y en cantidad. Lo importante es caminar en este derrotero carismático del Evangelio. Nuestras Fundadoras y nuestros Fundadores fueron mujeres y hombres de Evangelio.

Pero hay algo más: tenemos que caminar mirando no solo la belleza de la flor que es nuestro

carisma, sino también con la amplitud y el coraje de mirar y amar todas las flores de este inmenso jardín de la Iglesia, que son los carismas que existen. Pensemos, por ejemplo, en los institutos seculares, que se están multiplicando mucho; en la orden de las vírgenes, que en realidad existen desde el inicio de la Iglesia; en las órdenes y congregaciones masculinas y femeninas; en las sociedades de vida apostólica; en las contemplativas, cuya jornada, ayer, con ocasión de este Congreso, me ha alegrado tanto; también en los eremitas... Todos conformamos más o menos un millón de personas, ¡en 3.000 órdenes!

3. San Pablo nos recuerda en la primera lectura, escribiendo a la comunidad de Corinto, que: “Yo viví en medio de ustedes solo predicando a Jesucristo”. He ahí el resumen de la manera como debemos valorar y vivir nuestros carismas, sobre todo porque esto implica volver a Jesús como discípulos. Este es nuestro primer paso, el de todos: superiores y súbditos, cardenales y pueblo de Dios, religiosos y laicos... Todos hacia la persona de Jesús, para una palabra que no sea nuestra sino la de Jesús, para un anuncio que no sea el nuestro sino el del Maes-

tro, que es el que da frutos. El Evangelio es capaz de modificar tantas situaciones; por eso hay que acentuar su primariedad en nuestras vidas y salvaguardar, así, “la entrega y la fidelidad a Cristo”. Solo de esta manera haremos realidad lo que proclama el salmo responsorial: “Justicia y verdad son las obras de tus manos, Señor”. El evangelio de hoy, por su parte, con la enseñanza del Padrenuestro, da una dimensión teologal y fraterna a nuestro discípulo: “Padre del cielo...perdónanos como nosotros nos perdonamos...”, y dinamiza nuestra fidelidad con la perspectiva del reino: “¡Venga tu Reino!”.

4. Estas vivencias evangélicas y carismáticas tienen que ver hoy por hoy sobre todo con la formación y con la vida fraterna en comunidad. No hay que tener miedo a sus implicaciones en lo que modifique la manera de llevar adelante la formación: por ejemplo, que sea continuada y no solo inicial; que los formadores no se sientan formandos; que caminemos juntos por este camino. Por otra parte, la vida comunitaria debe estar impregnada siempre

de una espiritualidad que no sea individual sino de comunión, tal como nos indicó san Juan Pablo II para este nuevo milenio: criterio de vida, ya que si no damos un testimonio juntos, no somos creíbles: “Conocerán que son mis discípulos si se aman unos a otros”. La verdad es que muchas veces no tenemos tiempo en nuestra casa para encontrarnos, por lo que hay que recuperar el sentido de estar juntos. Las obras son necesarias, pero sin comunión no sirven. Recuperar el ver en el otro la posibilidad de experimentar a Dios, porque me permite vivir de una manera nueva, amando.

Agradezco a la CLAR su inmenso esfuerzo por creer en la Vida Consagrada, por animarla y coordinarla. El Congreso que hemos iniciado desde ayer, con las jornadas de Vida Contemplativa y de Nuevas Generaciones, y las abiertas de esta tarde, lo está demostrando. En este ambiente se puede tener la certeza de que si un carisma sufre, no es solo ese carisma el que sufre, también nosotros sufrimos con él y también su problema es nuestro problema: ¡tenemos que ayudarnos!